

Dr. Gustavo Vila

La Psiquiatría y la Cultura



FALSOS y Verdaderos Progresos en Neuropsiquiatría», fué el título de la conferencia, con que nuestro insigne Maestro y Prof. Fontecilla, se presentara ante la sociedad Neuropsiquiátrica de Buenos Aires, cuando fué recibido como miembro honorario en 1934.

Se nos hace hoy importante e indispensable recordarlo, ya que, con su talento claro y previsor, propio de las mentalidades vigorosas, fué un severo y cauteloso defensor de los fueros del pensamiento psiquiátrico, tan expuesto a las invasiones psicologistas, metafísicas y filosóficas. Su vasta cultura le permitía señalar estos riesgos, y valorar con criterio científico, lo efectivamente útil al progreso de su especialidad.

A los que fuimos sus ayudantes, nos hablaba con honda emoción de la crisis y decadencia de la Cultura Occidental, de la Deshumanización de la Medicina, de la Crisis del pensamiento racionalista y de los peligros de una nueva Era metafísiqueante y oscurantista. Todo esto decía, tendrá honda repercusión en la Psiquiatría, por eso ella necesita como ninguna otra especialidad de la medicina, de afán cultural y de mucha claridad.

En épocas de crisis como la que hoy vive la Humanidad, y como ya lo señalara Spengler en su «Decadencia de Occidente»,

todo un mundo mágico y supersticioso tiende a aflorar, refugiándose en lo más oscuro y tenebroso del ser humano, en su porción menos conocida y más ignorada de sí mismo, en su vida espiritual; y vemos así, como antaño en las culturas que ha perinclinado, que aparecen invadidas en sus períodos de cadencia, como hoy le sucede a la nuestra, por las formas mágicas del pensamiento; la mítica, la telepatía, grafología, quiromancia y todas las expresiones colectivas de la angustia primaria, en un afán urgido e ignorante de resolver al hombre; superadas por el vigor racional, mientras la Cultura va en línea ascendente y a la inversa cuando la cultura decae, tratando así de oscurecer la pequeña y naciente claridad, que el hombre ha alcanzado frente al Universo y frente a sí mismo.

Igual que a la cultura como ser viviente, le sucede al individuo, cuando su vigor racional disminuye por un golpe de emoción violenta; la muerte de un ser querido, una pérdida de fortuna, frustración e insatisfacción ante la vida, etc., surge en él entonces la forma mágica de su pensar, dando así solución transitoria, aunque no efectiva, a la crisis que lo atormenta, empleando todo tipo de lenguaje imploratorio cuando se siente acosado por el dolor.

¡Cuánto se ha especulado con la bancarrota de la ciencia, a partir de 1900, a base del teorema de la indeterminación de Heisenberg. ¡Como si la ciencia pudiese estar en crisis! Sería igual que hablar de una crisis de la naturaleza, ya que la ciencia es un proceso en permanente integración, de lo que el hombre va encontrando en ella, es en último término, el reflejo de los hechos naturales en nuestro pensamiento. ¿Cómo concebir entonces que pueda estar en crisis nuestro pensamiento lógico, reflejo de la realidad? ¿Qué se adelanta con tratar de explicar todo por lo desconocido? ¿A qué aumentar más aún el confusionismo, explicando lo conocido por lo desconocido? Lo que está en crisis no es la ciencia, es el hombre, tal vez buscando nuevas formas de convivencia.

¿En qué progresa la psiquiatría, haciendo descripciones del panorama psicológico de sus enfermos?

Que el paralítico general tiene su psicología, como la tiene el esquizofrénico y el paranoico, nadie lo pone en duda; mucho menos, cuando la literatura psiquiátrica franco-alemana ya pasó esta temporada de entusiasmo, creyendo hallar en ella una veta de mejoría para sus enfermos; desgraciadamente no fué así; cuando más, una abundancia descriptiva de su personalidad, de sus episodios vividos o del contenido de alguno de sus síntomas, pero ante los cuales, ni la explicación ni la descripción de los mismos, contribuían en nada a su curación, siguiendo la enfermedad el curso fatal de la afección que la determina.

Podría uno preguntarse, ¿por qué tanta esterilidad, después de tanto esfuerzo psicológico, frente a la mejoría del enfermo? Y la respuesta no parece difícil, si pensamos en la enorme variedad de escuelas psicológicas y en sus múltiples puntos de vista, con que puede ser enfocada la personalidad del paciente; esta multiplicidad de escuelas, nos habla ya de por sí, de la nulidad o cuando más, de la escasa validez científica de ellas. Pensar sólo en esto, es ya advertir la enorme dificultad que significa para la clínica, darle preeminencia a alguna de ellas, frente a sus enfermos.

Puede decirse que «pensar en clínica» es sinónimo de «pensar en realidad». Todo nuestro estudio médico, no es sino un enriquecimiento científico, para permitirnos al final, acercarnos a la realidad de nuestro enfermo del modo más exacto posible. Todo cuanto nos aleje de esta actitud, nos aleja de una posición estrictamente clínica.

Si ensayáramos definir la clínica, se podría decir, que es la captación de lo más importante que a un sujeto le acontece, dentro de su condición de enfermo, previa su observación, descripción y jerarquización sintomáticas. Esta actitud clínica, si presenta grandes dificultades en la medicina en general, en la psiquiatría, esta dificultad se multiplica enormemente; se

comprende así fácilmente, que la objetivación sintomática, dentro del sutil mecanismo que constituye la vida espiritual del hombre, es de mucha mayor dificultad. Resulta pues inadmisibile, permitir que una disciplina tan seria, vasta y responsable como la psiquiatría, que se nutre de la biología, de la psicología y de la sociología y de muchas otras ciencias, y que sin embargo no es específicamente ninguna de ellas, pueda apartarse del firme terreno de la realidad, que constituye su espíritu científico, que la informa, orienta y le da el sentido.

No se puede desconocer que dentro de las diversas escuelas psicológicas, que han significado un aporte a la psiquiatría, la del psicanálisis ha sido útil y valedera. Como escuela psicológica que es, ha contribuído a la descripción panorámica del psiquismo del enfermo desde su punto de vista, y como terapéutica, un modo más, agregado a los ya existentes, entre los cuales podemos citar el mesmerismo, mentalismo, behaviorismo, christian-science y muchos otros más, para la curación de las psiconeurosis. Las incursiones a otros sectores de la cultura, han sido desestimadas; en el campo de la psiquiatría, el psicanálisis ocupa y debe ocupar un lugar, ya que a la psiquiatría corresponde el tratamiento de las psiconeurosis; el alcance que la escuela analítica hiciera al campo de las psicosis, en especial a la melancolía, a la D. P. y a la paranoia, no han logrado resultado, pasaron sin pena ni gloria (Karl Haeberlin). *Fundamentos del Psicanálisis. Métodos curativos Psíquicos* (Birbaum).

El psicanálisis va teniendo y concluirá por tener el destino de toda escuela psicológica. Apoyada más en descripciones que en hechos o cuando más, en hechos de hipotético valor real, proyecta a partir de ellos la comprensión, explicación y solución del hombre total. Este ha sido el destino de innumerables escuelas psicológicas, su olvido para siempre, o bien adquirir su tamaño real con el disolvente del tiempo. Se podría argüir y ¿los hechos de las psiconeurosis, no son acaso el sostén y base del psicanálisis? Respuesta magnífica pero sólo en apariencia,

pues, si de veras sabemos lo que constituye la expresión última del psiconeurótico, esto es su inestabilidad, mejor dicho su posibilidad de ser influenciado y conducido, encontramos en esta explicación de la naturaleza íntima del neurópata, el éxito de todas las terapéuticas frente a este tipo de enfermo, desde la yogui hasta la naturista, pasando por toda una gama de fanatizaciones.

Este vivir en permanente vaivén, entre su tálamo y su corteza, entre su cerebro primitivo y reciente, hablando en términos de fisiología nerviosa, constituye la esencia de la inestabilidad, tan propia del sujeto neurótico. De allí la posibilidad para el psicoterapeuta, de poderlo encauzar dentro del camino adecuado a la compleja estructura de su personalidad, ¿quién no ha conocido psiconeuróticos, que han curado y organizado su vida con los factores más inverosímiles? y ¿cuál es el sostén de las medicinas, tipo panacea universal? Es así, como toda psicoterapia se resume en último término, en la confianza y en la fe que es capaz de inspirar el psicoterapeuta, como ya lo afirmara hace casi un siglo Dubois, de la Escuela de Nancy y hoy, en sus tratados de Psicoterapia Birnbaum, Künkel, Mira y López y muchos otros.

Uno podrá preguntarse entonces, ¿por qué el auge, el revuelo que ha producido el psicoanálisis en el campo de la cultura, que casi ha alcanzado el volumen de las escuelas psicológicas que la han precedido? El pensamiento mientras menos científico, es más popular.

Recordemos una vez más la compleja paradoja viviente que es el hombre, formado por su tálamo y su corteza—su afectividad y su intelecto—su racionalidad y su irracionalidad—su conciencia y su inconsciencia.

Toda buena literatura, nos informa constantemente de este permanente drama humano—lo que se es y lo que se quiere llegar a ser—lo que se hace y lo que se quiere llegar a realizar, y quizás, si como ninguno otro es D. H. Lawrence, quien

mejor nos habla del hombre y su bestia, de como cabalga el hombre y sus instintos.

¿Qué de extraño puede tener entonces, que el psicoanálisis, punto de vista psicológico que entraña en lo sexual y emocional y que ensaya dar a conocer las raíces afectivas del pensamiento, haya despertado tan hondo interés? Lo sexual despierta siempre interés y no es casual que esté tan abundantemente explotado en las novelas populares y en los chistes. Pensemos tan sólo que en lo afectivo—talámico están radicadas nuestras creencias irracionales, estos pensamientos «que se siente que son verdad». En síntesis, aquello que James ya ha definido como «el conocimiento vegetativo», aquel conocimiento que enraíza en el sentir visceral y trasciende más allá de la razón, aquello que magistralmente se ha definido hoy; la fe es el conocimiento con las vísceras de cada uno.

De aquí a la conducta fanática no hay distancia y la evolución de la concepción psicoanalítica así lo ha demostrado. Como todo punto de vista que se ha sustentado más en hipótesis o afirmaciones, que en hechos; sin método alguno de pesquisa de la realidad y en que la interpretación del psicoanalista es factor fundamental para el tratamiento; va cayendo así el psicoanálisis, en toda clase de atomizaciones al extremo que ya ni siquiera hay entendimiento entre sus partidarios y va siendo cada día más un problema de fe, de creencia, de fanatización, que de análisis razonado frente a una realidad objetiva.

Hemos presenciado la separación de los dos más selectos discípulos de Freud; Adler y Jung. Se formaron tiendas aparte, la de la Psicología Individual de Adler y la de los Arquetipos Jungianos. Se organizaron independientemente, con su cohorte de discípulos, éxitos y fracasos.

Luego después se han ido ramificando cada vez más, al punto de que hoy, es difícil saber cuál de ellas es la verdadera representante del psicoanálisis.

Para mucho psicoanalistas la concepción más en boga en

EE. UU. la de Alexander-French, es rechazada por no estimársele como tal. ¿Qué se puede pensar frente a tanta confusión?

Hoy, mirado el psicoanálisis en la perspectiva del tiempo se ve bien lo que fué, lo que es y lo que podrá seguir siendo. Una escuela psicológica más, y como tal, un camino más para el conocimiento de la vida afectiva. No olvidemos sí, que la terapia de las psiconeurosis es muy rica y muy amplia, y una de esas terapéuticas es el psicoanálisis, aparte de los peligros que entraña. Se habla ya en Francia de una forma de toxicomanía, la psicoanalítica: tres enfermos psiconeuróticos obsesivos, que han sido tratados por el psicoanálisis y que sin experimentar ninguna mejoría, después de varios años de tratamiento, sólo desean seguir asistiendo a las sesiones del médico tratante. (Anales Médicos Psicológicos, 1948. Prof. Menyer).

Yo diría, que no sólo hay derecho sino que hay hasta el deber de entusiasmarse e ilusionarse con la vida, sobre todo en su aspecto intelectual. Y es también comprensible que alguien de nuestra época, con real afán cultural se entusiasmase con el psicoanálisis, mucho más, cuando pretendió llegar a ser una concepción del mundo, una filosofía de la vida.

Pero cuando los años pasan y las ilusiones se desvanecen, se le encuentra entonces toda la razón a ese gran Unamuno que inicia su «Sentimiento Trágico de la Vida» con aquella sentencia.

«Lo importante en el hombre es no creer en nada ni en nadie» y que Nicolai completa «Sólo lo que permite la razón». Es triste la muerte de una ilusión; pero mientras la realidad sea nuestro horizonte, la razón tendrá su ruta señalada.

Hay una gran diferencia entre el aporte anteriormente señalado del Psicoanálisis al campo de la psiquiatría, y el anhelo de éste de constituirse, en directiva y en método de diagnóstico clínico psiquiátrico, pues este anhelo implica uno de los más serios y graves peligros para la metodología de la ciencia psiquiátrica misma, como para la formación del futuro psiquiatra, ya que antepone la explicación de los fenómenos a la observación

elemental de ellos, es invertir totalmente la metodología del conocimiento, que ha permitido progresar a la ciencia y por lo tanto a la medicina.

Apartarse de este camino, base y expresión máxima de la clínica, es entrar por un terreno resbaladizo y seductor, seguir por el camino más peligroso de las explicaciones vanas, para terminar en el olvido de lo que debe ser nuestra preocupación central como médicos: el enfermo; de este modo, han comprendido todos los clínicos de experiencia el ejercicio de la psiquiatría, comenzando por el mismo Freud, y terminando en el último de sus buenos discípulos. Todos recomiendan una buena formación médica general, luego una base neurológica, en seguida la experiencia de clínica psiquiátrica, para finalmente alcanzar la especialización de la Psicoterapia y entrar en el terreno de las psiconeurosis, estados de insuficiencia mental para algunos, como expresiones alboreantes de genialidades frustradas para otros.

En la obra recientemente aparecida de que son autores los catedráticos americanos Drs. Spurgeon, Pearson, hay un capítulo destinado a la formación del médico psiquiatra, y una vez más, se impone la voz de la experiencia, recomendándose aparte de la formación médica general, la Neurología, psiquiátrica y finalmente la psicoterapéutica.

Todo cuanto vengo diciendo, es particularmente interesante para la juventud que hoy abraza la especialidad psiquiátrica, y siguiendo esta ruta, verdadero camino de la clínica, sabrán defender más tarde como hoy nosotros, la especialidad psiquiátrica de caminos falaces aunque seductores, de la invasión de formas del pensamiento mágico, disfrazadas de seudoverdades.

Es de esperar que haya pasado para siempre aquella época en que el gran filósofo Kant, pretendía negar a los médicos el derecho de curar a los enfermos mentales.

Hace más o menos cincuenta años, cuando el psicoanálisis hacía furor en Europa, sólo se exigía ser psicanalizado aunque no

médico para ejercerlo, y se llegó aún más lejos, hubo quienes propiciaron que para ejercerlo era mejor no ser médico, lo mismo que pasó con el mesmerismo y similares. Hoy todavía son muchos los que pontifican y sientan cátedra sin ser médicos.

El caso del prebístico Pfister y del pedagogo Baudouinnte son suficientemente conocidos, aparte de muchos otros de más o menos renombre y significación. Felizmente, en el tiempo se ha ido imponiendo la sensatez y aunque nunca faltan los afanosos, por entrar en el recinto sagrado de la mente enferma, hoy existe cuando menos el consenso, de que para tratar un enfermo de la mente es condición «Sine qua non» la de ser médico especialista.

Koestler en su último libro, «El Mito Soviético ante la realidad», con ese espíritu de análisis que lo caracteriza y que le ha permitido ahondar el drama que hoy vive el hombre y la humanidad, inicia su obra, con aquel célebre pensamiento de Amiel: «Las épocas de descreimiento, son cunas de nuevas supersticiones».